

y llena de placer por el renovado cariño filial y paterno, se metió en el tren.

Halló en Florencia á mistress Needle y á su familia, como hemos dicho antes.

XXXI.

AL TEATRO EN FLORENCIA.

Se acababa de comer en casa de la Needle, hablándose de naderías, pero sobre todo de la próxima vuelta de miss Julia. De pronto un lacayo anunció á la señora que sir Roberto Smith estaba en el salón.

—¡Qué fortuna! exclamó súbitamente mistress Needle. Y apresuróse á recibirlo.

—Vengo con el fin de haceros un pobre regalo, dijo el viejo.

—No sois capaz, respondió la señora, veo, por el contrario, uno excelente, que deseaba muchísimo; vuestra visita.

—Gracias; os contentáis muy fácilmente. De todas maneras, supuesto que sea excelente, admitid el malo también. Conside-

rad que tengo aquí la llave del palco de un coliseo. Vamos, no os escandaliceis; lo tomé para unos sobrinos que aguardaba este invierno, y que no han llegado; os lo cedo con mucho gusto para lo que resta de la tempoaada.

—Acéptola con mucho placer, dijo la señora con finura, y la utilizaré, á condición (por ningún concepto debeis negaros), á condición de que me acompañareis, á lo menos una vez....

—¡Qué burla! Lo decís en broma.

—Aquí no hay broma ni burla; es un gusto, un buen gusto que tengo, y un favor que os pido. ¿Qué hallais de particular en ello?

—¡Oh! La cosa en sí no es mala; pero comprended que á mi edad, con mis achaques.... me creerían una mona que había ido allí de contrabando.

—Nada de esto; os creerían un padre de familia ó el abuelo, si quereis, de mis hijas, que á distraerse va un poco con las muchachas.

—Vamos, vamos, ireis vos, dijo Smith; yo después oiré de vuestra boca si os ha gustado la sinfonía, que no he oído de diez á quince años á esta parte.

—Razón de más para que os reconcilieis con el teatro.

—No, por el amor de Dios. En esto quiero ser *quáquero* hasta la muerte.

—Ablandaos, buen amigo, añadió la Needle con insistencia; no tendría el menor placer si fuese sola, y mis hijas....

Al oír estas frases, Clara y Clemencia se pusieron alrededor del anciano, sosteniendo con sus gracias infantiles la invitación de su madre. No esperaba Smith aquel asalto, y, como suele suceder con los viejos, comenzó á prometer por las caricias de las muchachas lo que quizás no hubiera concedido por las razones de la señora. Dijo, pues, resistiéndose débilmente:—Lo que demandais es imposible. ¿Cómo quereis que me arrastre hasta el teatro, si al subir mi escalera tengo necesidad de ser remolcado como una nave que se desarma?

—¿Qué decís? replicó la señora; á hora oportuna iremos á sacaros de vuestra casa; os pondremos en el coche como....

—Como un saco de huesos.

—Como un ramo de flores.

—¡Frescas, en verdad! dijo Smith.

—¡Oh! Hay muchos jóvenes que no pueden compararse con vos. Cuando quereis,

sois listo como una perdiz. Sólo debeis temer la escalera. Pues bien: para subir al palco, yo y Jhon os daremos el brazo.

—Y yo llevaré en la mano vuestro bastón, dijo Clara cogiéndolo.

—Y yo, dijo Clemencia, llevaré para vos los gemelos nuevos.—

El viejo Smith, vencido por estas dulces violencias, se rindió á discreción.

—En fin, si lo deseais, cogedme y llevadme á donde gustéis. Pensaba que moriría sin hacer nuevas locuras, y veo que no concluye uno nunca de cometerlas.

—Todo lo contrario, dijo la Needle; reparais más bien las de la juventud, si las hicisteis, con un acto de discreción exquisita, cual es guardar á jóvenes en el teatro. . . . ¿Cuándo lo hareis? Veámos.

—John, que no había dicho hasta entonces la menor cosa, terció con flemma en el debate:—Estoy dispuesto á sostener la tesis siguiente: Mejor esta noche que otra.

—Vais demasiado aprisa, dijo Smith: ¿aun no me habeis condenado casi, y queis ya ejecutar la sentencia?—

Mistress Needle miraba el reloj y hacía sus cálculos.—Sí, ciertamente; queda tiempo para todo. ¿A qué fin, pues, dejar la partida para mañana?

El pobre Smith se opuso bellamente todo lo posible, é inventó excusas; mas no hubo medio, y debió ceder. Después de media hora que gastaron en componerse la señora y sus hijas, lo cogieron, y con gran gozo suyo por verse tan acariciado, lleváronle al coliseo.

Hasta aquí no había nada de extraordinario, á excepción de la cortesía insólita de mistress Needle, compelida, como se comprende, por el afán de congraciarse con el viejo protestante. Mas la noble dama, en el calor de su idea, por el cúmulo de los cumplimientos, y entre la satisfacción de la victoria, olvidó su cautela ordinaria de informarse de la representación, antes de conducir á su familia. Ahora bien. Ocurría (no es raro en Italia) que aquella noche precisamente representábase un drama vituperable y estúpido sobre toda ponderación. No queremos decir su nombre, como también omitimos el del teatro. De pronto el escenario se vió lleno de frailes, de monjas, de Cardenales y de otros personajes religiosos. Mistress Needle no amaba mucho á esta gente; mas por un sentimiento de decoro inglés, y principalmente por su deber maternal, comprendió con viveza que había caído,

juntamente con sus pequeñas, en una de las emboscadas que tan á maravilla saben tender al pudor los coliseos italianos. El corazón se le revolvió de horror: después de un rato de disgusto, las nauseas y la indignación invencible la dominaron de tal suerte, que ocultó el rostro en las palmas de las manos, tapándose además los ojos con el pañuelo. Poco después surgió en su espíritu la consideración del escándalo á que exponía á John, como también á sus inocentes hijas. ¿Podía tranquilamente tenerlas allí, delante de un espectáculo tan indigno? Se le agolpaba la sangre á la cabeza, las venas martillaban de continuo, y el remordimiento se convertía en fiebre. No se contuvo, y tomando de un modo convulsivo la mano de Smith:—Sir Roberto, le dijo, perdónadme; he de volver á casa: me siento mala.

—Vámonos de seguida, respondió Smith. ¿Quereis antes algo? ¿Café? ¿Agua?

—Nada, nada: salgamos.

E hizo ademán de levantarse. John, al oír dichas palabras, miró á su madre, viendo su rostro encendido:—¿Qué teneis, mamá? dijo. Al decir esto, la cogió por el sobaco á fin de levantarla.

—No, repuso la madre: da el brazo al

señor Smith; bajaré yo sola con las niñas.

Sir Roberto salió primeramente con el apoyo del joven, siguiéndoles Clara y Clemencia; salió por fin mistress Needle, no sin hacer gran ruido al cerrar la puerta del palco. Apenas estuvieron acomodados en el coche, la señora se puso á decir llena de indignación: *Shame! Shame!* (¡vergüenza; vergüenza!) ¿Se puede ver nada más vil en un palco escénico? Es preciso ir á los países católicos para presenciar estas infamias (1). Nosotros los protestantes respetamos á los ministros papistas, que no queremos, y respetamos también á sus monjas; cuando se propuso en el Parlamento la idea de mandar comisarios que visitásen los monasterios católicos, dejóse oír el grito universal de los ingleses honrados, contra semejante tiranía necia, y el gobierno debió desistir... ¡Y hemos de ver

[1] Aprovechamos esta coyuntura para deplorar amargamente las representaciones obscenas que permiten las autoridades en algunos teatros de Madrid. El gobernador civil anterior mandó cerrar el inmundo colisco de Capellanes, que hace algún tiempo vuelve á llenar de oprobio, con sus piezas indignas y sus bailes ignominiosos, la noble capital de la monarquía española. Es un escándalo que nos avergüenza, y que no dejará de atraer sobre los que lo dan y sobre los que lo permiten las maldiciones del cielo.

4 de Abril de 1875.

(Nota del traductor.)

en Italia á los católicos arrastrando sus monjas á la escena, suponiéndolas, por añadidura, en relaciones amorosas con los frailes...! ¡Vergüenza! ¡vergüenza!

—¿Qué quereis? (observó el viejo Smith, que comprendió entonces cuál había sido el honroso desvanecimiento de mistress Needle.) Los empresarios no han sido nunca modelos de conciencia escrupulosa. Tienden sólo á llenar el teatro.

—A llenarle de almas viles, contestó la honrada protestante, de mujeres sin pudor, de padres y madres traidores á sus hijos. ¡Pensar que los ayuntamientos de Italia dan cantidades para tan asquerosas diversiones, que no poco envenenan á los ciudadanos, y que lo hacen quitando al pueblo el pan de su boca, y exigiendo por cada vaso de vino tantos centésimos de contribución! En fin, prescindamos de los ayuntamientos, que no tienen entrañas en este país ni en los demás, y que cuando han dorado el pesebre á la bestia popular, juzgan que tocan el cielo con la mano; lo que no puedo sufrir, es ver á los principales de la población encantándose hasta el punto de juzgar plausibles estas impiedades obscenas. ¿Sabeis lo que creía? Imaginaba yo que á poco de alzado el telón

todas las señoras se levantarían indignadas, volviéndose de espaldas, y que el pueblo, gritando “¡Vergüenza?” dejaría vacío el teatro.

—Ciertamente lo debieron hacer; mas no todos tienen vuestra decisión.

—No se necesita decisión, dijo la sincera *pietista*; basta no haber renegado de la fe ni del pudor. ¡Cómo! ¿Puede un cristiano (aunque sea tan papista como guste) permanecer impasible cuando ve su religión arrastrada á la vergüenza como mujeres perdidas? ¡Oh! vamos; esto pasa los límites de lo soportable. Observad que sabían poco más ó menos el espectáculo que les aguardaba, por haber leído antes los carteles. Hay, pues, maridos que quieren edificar á sus esposas con estas ignominias; hay padres que conducen á sus hijos para que se revuelvan por el fango; hay madres (¡es posible! ¡madres!) que violan la inocencia de sus hijas, constriñiéndolas á que se diviertan con este ludibrio de todo sentimiento noble. Basta, no hablemos más: ardo toda de corage...

—Dormid tranquilamente, dijo el anciano, que pendía mucho á la tolerancia, tanto en moral como en religión. Acaso mañana sereis menos rigurosa.

—¿Mañana? Más enfurecida que hoy. Nunca perdonaré cobardía semejante á las señoras de Florencia. ¿Intentaríais, por ventura, disculparlas?

—¡Dios me libre y me guardel! respondió Smith. Repito que teneis muchísima razón. Mas os haré observar que muchas piensan poco en la escena, y van al teatro por la música, por la gente, para ver y ser vistas. ¡Quién sabe! Al día siguiente hallaríais quizá en las iglesias á la mayor parte.

¡Nunca hubiese dicho el señor Smith estas palabras imprudentes! Fueron aceite sobre las brasas, y la señora, más irritada que nunca, prosiguió:—Esta es la hipocresía más sucia y la más vil; el colmo de la hipocresía italiana. Siempre lo he dicho yo: el papismo es una mezcla de corrupción y de falsa piedad. Me desplace lo sucedido, por vos, señor Smith; pero en todo mal existe una semilla de bien. Casi me da gusto haber cogido infraganti á estas papistas santurronas, beatas, melindrosas, confitadas de piedad. Dará esto á mis hijos una idea justa de la superstición católica. Quisiera que hubiese ido con nosotros miss Julia, que tan bien sabe disculpar los yerros de los papistas.

—Le podeis referir todo lo sucedido, con sus pelos y señales, mañana por la noche, si vuelve, como decís, de Nápoles. Por lo demás, puedo anunciaros lo que os dirá, teniendo en cuenta su juicio sosegado, penetrante, matemático.

—¡A ver, á ver! ¿Creis, señor, que miss Julia tomaría la defensa de éstas...? Más vale callar.

—Creo, respondió Smith, lo contrario enteramente. He oído discurrir muchas veces á miss Julia, y sé cuánto pesa. Le saldrían los colores al rostro de santa vergüenza, como á vos, pensando en dichas desvergüenzas, acusándolas diez veces más acerbamente aún; dejaría, sin intentar la menor defensa, que las llamáseis casquivanas, coquetas, ociosas, etc.; mas...

—Oigamos este pero: debe ser hermoso y flamante.

—Pero alabaría después á los innumerables florentinos y florentinas que no acudieron al espectáculo.

—Quereis decir...

—Quiero decir (hablo siempre en nombre de miss Julia, y después la interrogareis), que las pocas personas que había en el teatro eran una fracción insignifi-

cante respecto de la mayoría extraordinaria de los ciudadanos. Para un rebaño de infelices que con descoco se deleitan con el mal, existen cien y mil á quienes avergüenza. Hay personas, hay (y conozco muchísimas) que antes se informan del teatro, de las representaciones, del baile, de todo, para no caer de pronto en las emboscadas, y que, caídas por sorpresa, defenderíanse como leonas, precisamente lo mismo que vos. Hay no pocas que, lejos de invertir el dinero en festines y teatros, lo gastan en socorrer á los pobres, y llevan con su mano el socorro á las guardillas más inmundas, á riesgo de volver cargadas de pena. Añadiría miss Julia que hay en todas partes mucha gente sin seso, y acaso más en nuestro país que en los otros; y que algunos de nuestros teatros no ceden un punto á los de Italia en cuanto á infamia, ni al concurso de señores carcomidos; y que ciertos debates públicos sobre causas odiosas execrables, son honrados por auditorios llenísimos de señoras... Y que por todas estas razones, en fin, y por otras muchas, no nos corresponde á nosotros, ingleses y protestantes, tirar la primera piedra.

—No os creía verdaderamente tan par-

cial con los católicos, respondió mistress Needle con un poco de colérica maravilla.

Envejeciendo, respondió Smith, llego uno á ser parcial con todos, sin excluir á los papistas. Hace bastante tiempo que siento correr por mí una vena de tolerancia y un gran deseo de perdonar á los hombres. Hago como nuestros jurados de Inglaterra; mientras se puede, procuro con ahinco separar á los inocentes de los criminales, pronunciando en favor de los primeros una sentencia absolutoria; si la evidencia de la culpa salta á los ojos, busco las circunstancias atenuantes.

—Me parece, observó la señora, que esta teoría os reconciliaría fácilmente aún con los escándalos más odiosos; es bastante laxa.

—No la defiendo como estricta y rigurosa; mas me sirve para vivir tranquilamente con la sociedad de los hombres; con los pueblos, no obstante tantos delinquentes, ladrones y asesinos; con Italia, no obstante su gobierno; con los florentinos, no obstante cuatro bribones y cuatro farotas.—

Comenzaba mistress Needle á comprender que su indignación, aunque justa en

principio, extendíase demasiado, envolviendo á demasiada gente, por lo cual dijo: — No quiero que creais que guardo rencor con toda Florencia; cuidado: lo sabeis bien; yo chillo, chillo, y al volver las espaldas dejo de ser la misma. Una cosa no me perdonaré á mí propia nunca: con insistencia tanta haberos fastidiado á fin de conducirnos á ver un

—Un buen ejemplo, sí, un grande y noble ejemplo, dijo sir Roberto Smith interrumpiéndola. Por tolerante que sea yo tratándose de opiniones religiosas y de miserias humanas, sé apreciar lo bueno y lo hermoso. Os aseguro que ninguna comedia me gustó tanto nunca como vuestro desvanecimiento moral y vuestra furia graciosa. Ponen de realce un decoro sumo y un sentimiento de dignidad materna que es un consuelo en estos días malísimos. Estos actos (entonces Smith se dirigió á Jhon y á las niñas, que continuaban como antes mudas y atónitas por las fieras palabras de su madre) los debeis recordar á tiempo, formando con tales enseñanzas vuestra conciencia y vuestro carácter.—

Este serio elogio, en boca del anciano, grave y digno, admirablemente lisonjeó el amor propio de mistress Needle, sir-

viendo mucho para que se amansase. Así se llegó á la puerta de la casa de Smith. Jhon saltó á tierra con el fin de ayudar al viejo á descender, con amor verdaderamente filial. Su madre lo secundaba dentro del coche. Teniendo ya el pie en tierra, se quedó el buen viejo con ambas manos agarrado á la portezuela, en actitud de despedirse de la señora y de sus hijas. En el interin, un criado, al oír el ruido del carruaje, bajó con una luz. En aquel momento un caballo se impacientó, adelantándose un poco. Bastó para que la rueda de atrás rozase la rodilla del pobre viejo, que cayó en la acera. Dejóse oír un ¡ay! de todos, que bajaron, mientras John y el criado hicieron lo posible para levantar al caído.—Es nada, es nada, respondía Smith á las afectuosas preguntas que todos le dirigían. Entre tanto no se podía tener en pie, y fué preciso conducirlo á su habitación en volandas. Tuvo, sin embargo, bastante fuerza para volverse á la señora y decir con voz firme: —Mistress Ana; os ruego que no perdais la tranquilidad por un accidente tan ligero. Retiraos, por merced; os lo suplico y lo quiero. Dormid tranquilamente. Mañana os enviaré nuevas mias, ó las llevaré yo mismo es nada.

Al día siguiente volvía Julia de Nápoles, y todo cambiaba de aspecto. ¡Cuán vanos son los designios de los hombres! ¡Y cuán poco se conocen éstos recíprocamente!

XXXII

LOS VENDEDORES DE BIBLIAS Y DE LIBROS.

No es fácil decir hasta qué punto quedó turbada la Needle por el terrible accidente ocurrido á sir Roberto. No podía tranquilizarse. Afligíase por su compasión grandemente, y más por la circunstancia de haber causado la desventura, iuvitándole al coliseo.—¡Quién sabe las consecuencias que puede traer consigo su caída! ¡A su edad! Podría sobrevenir la muerte, amargando mi vida de una manera inconsolable. ¡Qué noche tan desventurada! Todo me ha salido de la manera peor. . . . ¿Qué